

Ciclo de invitaciones: “**OTRAS VOCES**”

Conferencia a cargo de Eduardo Grüner¹

“**Comen a un padre**”

06/12/13

Miriam Fratini- Hoy es la última reunión del año, de este espacio que convocamos junto María del Rosario Ramírez y Gabriel Levy y que llamamos “Otras voces”, en el espíritu de poder poner en acto lo que ese nombre dice. O sea dar lugar a otras voces, a personas cuyos trabajos provienen de distintos ámbitos discursivos, que no están restringidos al Psicoanálisis y poder conversar, instruirnos -como nos gusta decir- y en el mejor de los casos, si fuera posible también discutir.

Hoy es un motivo de alegría contar con la presencia de Eduardo Grüner. Al que quiero agradecer públicamente, que haya aceptado esta invitación. Probablemente todos lo conozcan. Es sociólogo, ensayista, crítico cultural, Dr. en Ciencias Sociales de la UBA, profesor en varias cátedras de la misma Universidad. Autor de múltiples libros, trabajos, presentaciones, tanto nacionales como internacionales.

¹ **Eduardo Grüner**, Doctor en Ciencias Sociales , Licenciatura en Sociología , Estudios en las carreras de Filosofía y Antropología y en la carrera de Derecho, Profesorado en Literatura Inglesa y norteamericana , Estudios privados en Teoría Estética y Literaria / Historia del Arte / Semiótica / Teoría Psicoanalítica .Profesor Titular Regular de “Sociología y Antropología del Arte” – Fac. de Filosofía y Letras / UBA, Profesor Titular Regular de “Literatura y Artes Combinadas II (Literatura y Cine)” – ídem, Profesor Titular Regular de “Teoría Política y Social II” – Fac. de Ciencias Sociales / UBA, Profesor Titular del Seminario “Problemáticas del Campo Artístico” – Maestría en Comunicación y Cultura – Fac. de Ciencias Sociales / UBA. Algunos de sus libros: *Un Género Culpable*, 1 995. *Las Formas de la Espada*, 1 997. *El Sitio de la Mirada. Secretos de la Imagen y Silencios del Arte*, 2 000. *El Fin de las Pequeñas Historias. De los Estudios Culturales al retorno (imposible) de lo Trágico*, 2 002. *La Cosa Política, o el Acecho de lo Real*, 2005. *La Oscuridad y las Luces. Capitalismo, Cultura y Revolución* , , 2010

Si me permiten anexar a esta presentación, una un poco más informal, pero también más real, quisiera decir que Eduardo es para mí y para muchos de los que estamos aquí, un compañero y orientador de lecturas. Muchas veces encontramos en sus textos, la referencia exacta, la cita precisa, la posibilidad de un cuestionamiento, de una interrogación.

De manera tal que no puedo más que repetir que es un motivo de alegría, que hoy se encuentre entre nosotros.

El dispositivo que nos vamos a dar lo conocen. Primero una presentación y luego un espacio de preguntas y comentarios. El título es más que sugerente: “Comen a un padre”. Le dejo la palabra y... “Buen provecho”!

Eduardo Grüner- Es la hora del aperitivo... (*Risas*) Soy yo el agradecido por esta invitación. Le agradezco a Miriam todas las exageraciones que acaba de formular.

Este tema del cual quisiera balbucear, sacar algunas cosas, abrir algunos interrogantes. Pensar en voz alta con Uds.

Voy a hablar, voy a usar como pretexto -en sentido fuerte y literal del término- de un texto de Freud, que este año cumple cien años. Famosísimo, discutidísimo, muy polémico, que se llama “Tótem y Tabú”. Que es denominado por el propio Freud, como un mito científico.

Inventa un mito que le sirve como modelo, como hipótesis de trabajo, como matriz lógica, para hipotetizar una serie de hechos.

No necesito aclarar entre paréntesis -como recién decía Miriam- soy otra voz. No voy a hablar desde la teoría y mucho menos desde la teoría psicoanalítica. O sea a propósito de “Tótem y tabú”, no me voy a meter en las cuestiones técnicas sobre la neurosis obsesiva y cosas por el estilo. Aunque estaría autorizado para hablar de los efectos. (*Risas*) Pero no lo voy a hacer acá.

Freud habla de algo así como un mito científico, de lo cual no puede ser inocente al respecto, porque hay una contradicción en los términos. No porque el mito represente alguna mentira, en comparación con una verdad científica. Sino porque un mito no se puede inventar.

Un mito es una producción anónima, colectiva, tradicional, cuyo origen no se conoce; que se transmite, en las sociedades llamadas míticas por los antropólogos, generalmente de manera oral.

Muchos antropólogos también, dicen que los mitos se refieren en última instancia, a distintas versiones, a distintos ciclos, a distintas transposiciones míticas. El mito no es algo estático, cambia. Se refieren en última instancia a un origen.

El mito central, de cualquiera de las sociedades llamadas míticas, es un mito del origen. Es un mito que explica el origen de esa sociedad.

Freud en “Tótem y tabú” da un paso más allá. Porque el mito que “inventa”, no se limita a ser el de el origen de una sociedad; sino el mito del origen de toda posible sociedad o cultura.

Con esto quiero decir, que él intenta explicar un poco metafóricamente o alegóricamente, la condición de posibilidad de existencia de la sociedad o de la cultura como tal. La condición de posibilidad del lazo comunitario mismo, de la ley, de la religión. De la religión, pensada sobre todo, por su aspecto centralmente ritual, encarnado en el banquete totémico.

Ya vamos a llegar a esto. No voy a empezar directamente por “Tótem y Tabú”, sino -si me permiten- por contarles un chiste judío. Y luego a hablar de un antropólogo muy importante, que nos ayuda a pensar en esta perspectiva la cuestión esotérica.

El chiste es muy breve y dice así: parece que los famosos diez mandamientos, originalmente eran muchísimos más. Eran como doscientos. Entonces los judíos estaban desesperados, no podían hacer prácticamente nada. Lo convocan a Moisés y le dicen que tenga una entrevista con Jehová y trate de negociar algo, ¡porque estaban caminando por las paredes! (*Risas*)

Allá va y vuelve después de no sé cuánto tiempo. Con las tablas de la ley debajo del brazo, medio cayéndosele -como analiza Freud en la obra de Miguel Ángel- y convoca a la asamblea. Les dice: Miren muchachos, tengo una buena noticia y una mala. La buena es que me los acortaron a diez. ¡La mala es que quedó lo del adulterio! (*Risas*)

Efectivamente parece que de lo mucho que se podía atemperar, eso no era negociable. ¡El famoso asunto de “no desearás a la mujer de tu prójimo” seguía estando en el centro de la cosa!

Porque uno podría pensar, que ese mandamiento, tiene un lugar muy singular. Tiene un lugar lógico raro; porque hay efectivamente en el enunciado mismo, un salto lógico respecto de muchos otros. “No matarás”, “no robarás” y de pronto “no desearás la mujer de tu prójimo”.

O sea se pasa de prohibir un acto, a prohibir un deseo. ¿De qué singularidad da cuenta, desde el punto de vista antropológico? Da cuenta por la negativa, del hecho de que es un mandamiento de cumplimiento absolutamente imposible, en términos lógicos. No me meto con las cuestiones libidinales.

Es de imposible cumplimiento lógico, porque cualquier mujer es de algún otro. Si no es de un marido, es de un hermano, es de un padre, es de un primo segundo. Acá las chicas rápidamente protestan... (*Risas*) Yo podría decir porque en esa sociedad, los movimientos feministas estaban muy poco desarrollados, eran sociedades patriarcales. No existieron -lo que dicen por allí las malas lenguas- sociedades matriarcales, sino matrilineales, como la propia cultura judía.

Pero también hay una explicación, que nos puede dar este antropólogo que mencionaba; que es Claude Lévi-Strauss. En un famoso texto, publicado en 1948, que se llama “Las estructuras elementales de parentesco”, que -no creo exagerar- produjo una verdadera revolución copernicana, en la manera en cómo se venía pensando en la Antropología, la Etnología, etc., la cuestión central para la Antropología tradicional, de esto que se denomina el parentesco.

Hay dos problemas nodales de los cuales nos habla. No voy a contar el libro. El problema del intercambio generalizado de las mujeres. Los tres famosos sistemas de intercambio: intercambio de objetos; intercambio de signos e intercambio de mujeres.

El intercambio de mujeres, es lo que permite ordenar los sistemas de clasificaciones, a veces tremendamente complicados y sofisticados, para ordenar las famosas estructuras de parentesco. Y también -algo que se ha explorado menos, me parece- que tiene una fuerte significación política. Porque las estructuras de parentesco, implican relaciones de alianza política, entre distintos fragmentos o segmentos de esta sociedad.

Las estructuras de parentesco son el orden político, en esas sociedades primitivas, el orden sexual. Y ya sabemos lo que está por detrás y que para Lévi-Strauss

permite que efectivamente, esa clasificación, ese ordenamiento, ese sistema de alianzas existan: es lo que se denomina la prohibición del incesto.

Lo que importa es lo otro. En esto Lévi-Strauss es muy claro. La prohibición del incesto es nada más que la excusa negativa o proscriptiva, para que exista la prescripción de la exogamia. Tema con el cual se mete Freud también.

Cuando decimos que existe la prescripción de la exogamia, lo que estamos diciendo es que existe la circulación de mujeres.

Para resumir rápidamente, estas formas primigenias que implican las estructuras del parentesco, incluyendo las políticas de alianzas a que dan lugar esas estructuras, es lo que da su forma más primigenia a la comunidad humana, la sociedad. Eso que los griegos hubieran llamado la *polis*, de la que deriva la palabra “política”.

Formulo la primera siguiente y muy tímida hipótesis: de todo esto habla Freud en “Tótem y tabú”. La horda primitiva, el asesinato del padre, la culpa retroactiva después del asesinato y el banquete totémico.

Es decir habla también él, de cómo el origen y la conformación misma, de lo que podríamos llamar, la *polis* humana; está hecha posible, está autorizada -en el sentido del que reconoce la autoridad- en la prohibición del incesto.

En una doble vertiente. Habría que hacer esa dicotomía, dentro de este esquema que dibuja Freud. Hay dos momentos de la prohibición. Está la prohibición despótica, por parte del jefe de la horda, del padre terrible al que se refiere. Y esta la prohibición posterior, a la que podríamos llamar subjetivación comunitaria de la prohibición, que se hace en la famosa culpa retroactiva, después del asesinato del padre.

Pero no es que una cosa elimina la otra; que hay una relación de mutua exclusión, ya lo matamos al jefe, esa prohibición no existe más y ahora adoptamos esta otra que es la ley. Porque es condición de que algo pueda ser llamado -tanto desde el punto de vista simbólico como jurídico- una ley, que en principio esta ley sea aceptada por el conjunto de la comunidad. Que sea aceptada no quiere decir que sea cumplida.

Para trasgredir una ley, hay que empezar por reconocer su validez, jurídica o simbólica. Siempre les digo a mis alumnos, alguien que roba, que saquea, no es alguien que está luchando en contra de la norma de la propiedad privada; sino que la está reafirmando necesariamente. Porque trasgrede la propiedad del otro, para adoptarla él. ¡No es un militante socialista! (*Risas*)

Tenemos esos dos momentos de la ley. Y no podemos -es algo sobre lo que quisiera volver más tarde- pasar por alto, como dice con todas las letras el propio Freud, que una condición para que exista la ley, la religión y la cultura como tal, es un crimen cometido en común. En el origen mismo de la cultura hay un acto de violencia. Un crimen cometido en común o un asesinato, no recuerdo la expresión exacta. En todo caso una trasgresión a la ley.

Acá empiezan para mí algunos problemas o paradojas. Seguramente que no para un psicoanalista; sino desde esta otra perspectiva, desde la que estoy hablando. Si el crimen es una trasgresión a la ley y al mismo tiempo da origen a la ley, no se entiende bien la trasgresión a cuál ley da lugar ese crimen. Porque por definición del propio Freud, antes del crimen no había ley. Había, en todo caso, esta voluntad despótica, tiránica, caprichosa, arbitraria.

Sobre esta terrible paradoja se monta otra, la de la famosa culpa retroactiva. Los hermanos de la horda fraterna después de asesinar al padre, para poder tener acceso a las mujeres, se sienten culpables porque han cometido este acto terrible. Con la misma lógica de lo anterior, ¿de qué tendrían que sentirse culpables? Si la culpa es respecto de alguna norma ¿qué se transgrede? Y que lo que a uno lo hace sentirse culpable se produce cuando transgrede cierta norma, sea simbólica, jurídica, moral o como se la quiera calificar.

Y para colmo del problema, aparece la cuestión de ese ritual -quiero poner el acento porque me parece importante discutir el punto- posterior, que es el banquete totémico. Un ritual que presenta de manera un tanto extraña.

Indudablemente, cuando uno tiene toda esta configuración que hace Freud: asesinato del padre, poder acceder a las “madres”, a las mujeres que son propiedad del padre y luego el banquete totémico, que viene a paliar, a repetir simbólicamente, ante el peligro del retorno de la dimensión real de ese terrible acto originario -Freud dice se opera una repetición simbólica-. Con este modelo o este esquema, no cabe duda, porque lo dice explícitamente y es fácilmente deducible que está inspirado en el esquema del complejo de Edipo, o para ser más exactos, Edipo-castración.

Simbólicamente los hermanos se impiden a sí mismos, el acceso a la sexualidad a esas mujeres del padre, posteriormente al asesinato.

Uno podría decir: ¿Cómo vamos hasta acá? Decía el famoso chiste del hombre que había caído del edificio e iba pasando por las ventanas: ¡“por ahora vamos bien”!
(*Risas*)

Por ahora vamos bien, pero ciertas cositas empiezan a fallar. En algún momento, después que ha hecho toda su narrativa, sostiene una cosa rara. Después de matar al padre se lo comieron. Y no contento con eso agrega: lo cual tratándose de primitivos caníbales o antropófagos, era bastante natural.

Acá es porque pedí prestáramos atención al término “ritual”. Hay un riesgo que han corrido varios autores, desde el campo de la antropología, que es el de asociar el asesinato del padre por la horda fraterna, a lo que se suele llamar, la lógica del chivo expiatorio, en el contexto del ritual de sacrificio.

Lo que conocen las sociedades primitivas y no tan primitivas; que está muy explorado por la Antropología en la segunda mitad del siglo XX y que sirve para -entre otras cosas quizás más importantes- para reivindicar a Freud. Para reivindicar este mito que inventa.

Los antropólogos y los historiadores de las religiones, se pasaron décadas verificando el disparate este indemostrable; que efectivamente es indemostrable. Resulta que Freud en buena medida, en las secciones más antropológicas de su trabajo, las hace inspirado en autores como Robertson-Smith y sobre todo Frazer.

Hay un gran antropólogo belga -Luc de Heusch-, que se pasó treinta años estudiando los rituales, en tres gruesos volúmenes -tan importantes a mi juicio como las “Mitológicas” de Lévi-Strauss- que se llama “Mitos y Ritos Bantúes”. La cultura Bantú es una de las más importantes del África Occidental.

Descubre en sus trabajos etnográficos, en su análisis de los mitos y los rituales, exactamente la misma estructura lógica que había hipotetizado Frazer en “La rama dorada”, a principios de siglo. Que hay muchas sociedades -no solamente africanas- que eligen a su rey para matarlo. ¡Lo eligen “a plazo fijo”! (*Risas*). Ya Frazer sostenía que alguno no tan apegado a la cultura, trataba de esquivar el bulto. Pero el 99% aceptaban de buen grado.

En la mayoría de los casos, en la ceremonia en que asume su cargo, tiene que mantener relaciones incestuosas con su madre o su hermana, o quien corresponda simbólicamente en esa estructura de parentesco. Tal como se dice que sucedía con los

faraones egipcios, con los incas... Se citaba como desmentido de que la prohibición del incesto era una prohibición universal. En realidad era la confirmación, porque todos estos señores no son seres humanos estrictamente, son personajes semi-divinos, que no sólo pueden sino que deben por *contrario sensu*, hacer lo que al común de los mortales les está estrictamente prohibido. Es la excepción que confirma la regla. Tiene que haber excepción para que haya regla.

En otra jerga -espero no estar metiendo la pata- estos reyes son “el al menos uno” que permite la norma sexual.

Me meto con todo esto porque implica un ritual. El autor original de la teoría del chivo expiatorio se llama René Girard, lo explica perfectamente, a pesar de que se apresura a identificar su teoría con la de “Tótem y tabú” de Freud. Explica cuidadosamente que esto es un ritual muy elaborado. No se sacrifica a cualquiera, ni ese sacrificio es una cosa cotidiana. Es un ritual tremendamente elaborado.

No me parece que sea el caso de lo que está contando Freud, en “Tótem y tabú”. Un ritual si está tan obsesivamente elaborado, implica una normatividad muy precisa, que no existe antes del asesinato del padre. Es el asesinato del padre el que da lugar - como el propio Freud lo dice- al banquete totémico, que es una forma simbólica de sacrificio.

Con esto quiero decir que no se puede pensar -siempre desde el punto de vista antropológico- el asesinato del padre como ningún ritual de sacrificio.

Mucho menos entonces, se puede pensar en el canibalismo. Por supuesto que en 1913 -cuando lo escribe- se sabía muy poco del fenómeno. Ahora se sabe mucho más. Una de las cosas que se sabe, es que se trata precisamente de un ritual. No existe el canibalismo. No hay ninguna sociedad conocida en la historia humana, que se haya normalmente alimentado de carne humana.

Aunque la antropofagia, en algunas sociedades, es un momento del ritual del sacrificio. Que tiene que ver -por ejemplo- con la incorporación de la fuerza del enemigo capturado en el combate. Freud va bien por este lado, porque en el banquete totémico, simbólicamente se supone se incorpora la fuerza de ley -si puedo decirlo así- del cuerpo simbólicamente asesinado.

Entonces: no tenemos ritual. Por qué necesita esta referencia al canibalismo? Para mí es un cierto enigma. ¿Por qué necesita hacer una referencia a un acto real del

canibalismo? Me permito un paralelo apresurado, en otro orden de cuestiones. Como si no hubiera pasado todavía de la teoría del trauma a la teoría del fantasma. Necesita encontrar un referente real; encima no tenía necesidad de esa mención de que se lo comen.

Para colmo, cuando habla del banquete totémico, hace una obvia alusión -que a uno sin llegar todavía a ese párrafo, en una primera lectura, ya se le había ocurrido- a la misa cristiana. No es la única alusión que haga al cristianismo, en este contexto y en ese texto. Esto es algo que también llama la atención. El judío Freud, le hace un par de homenajes muy significativos, en este texto, al cristianismo.

De todos los tres grandes monoteísmos o cualquiera otra religión que uno pueda pensar, el cristianismo es la única que responde con este ritual, a estas referencias simbólicas del banquete totémico.

Uno puede decir -como hacen los antropólogos y los historiadores- que siempre en el ritual del sacrificio, por ejemplo se sacrifica un animal y se lo comen. Esto sin duda es una simbolización que los mitos explican. Pero acá es muy fuerte, el ritual dice la carne y la sangre de Cristo. Por supuesto en ningún lugar de los Evangelios, ni de la Biblia, vamos a encontrar ningún acto de canibalismo. Una contradicción lógica.

Más aún, la única referencia que podemos encontrar, es la de la última cena; cuando efectivamente ya hay una simbolización, porque Cristo le da pan y vino a los apóstoles y les dice: “Bebed de mi sangre, comed de mi cuerpo”. O sea que siempre fue simbólico.

No es la única referencia que hace Freud al cristianismo. Porque un poco más adelante, en otro contexto que sin embargo tiene una vinculación, adelanta su famosa hipótesis de la novedad que representa el cristianismo, el pasaje de la religión del padre a la religión del hijo.

Se podría abrir allí un debate infinito, sobre qué quiere decir esto: de la religión del padre y la religión del hijo. El propio Girard, a propósito del ritual del sacrificio, tiene algo que decir al respecto. No deja de citar el texto de Freud. Si uno hace la descripción de cómo lo matan a Cristo, parece un sacrificio. Sin embargo Girard sostiene que no; que ese es el sacrificio que viene a romper con la lógica del ritual.

En primer lugar si nos tomamos en serio que Cristo es la encarnación de Dios, se está asesinado a Dios directamente. Además hay otra cosa: al revés de lo que sucede

en los rituales del sacrificio, Cristo es absolutamente inocente; no hay manera de culparlo de nada, en esa condena, en esa ejecución que le hace el Estado romano.

La víctima del sacrificio, en las otras sociedades, tiene que ser una víctima verosímil. No puede ser absolutamente inocente, porque no habría razón para victimizarla; y no puede ser absolutamente culpable, porque entonces no sería un sacrificio, sino simplemente una ejecución judicial.

¡Tiene que ser alguien, que por lo menos sea un semejante, porque no tendría ningún sentido sacrificar a un marciano, que no tiene que ver con mi sociedad! Pero tiene que tener alguna diferencia, porque sino sería un mero asesinato, si mato a un par, a un semejante. La diferencia puede ser en más o en menos: en menos es un esclavo o un guerrero capturado y vencido, que tiene un status menor al resto, o en más es el rey del cual hablamos.

Retomo la cuestión. Se nos presentan algunas dudas, interrogantes, perplejidades, respecto de qué son estas referencias extrañas, para qué las necesita Freud, cuando su modelo -que todos conocemos perfectamente- es el Edipo.

Ni en el mito, ni en la tragedia de Edipo, hay ningún acto de canibalismo. Si tenemos tiempo, abundamos un poco sobre el problema del pasaje del mito a la tragedia de Sófocles. Tengamos en cuenta que lo que toma Freud es Sófocles, no es un mito. Sino la reescritura ficcional. Incluso cuando habla del mito científico, tendría que hablar que es una ficción del mito.

En un momento también introduce otras. No se entiende muy bien a título de qué hace referencia a otro mito -de Dioniso- y a otra tragedia -“Las Bacantes” de Eurípides-.

El mito de Dioniso no es cualquiera: Dioniso es un dios muy heterodoxo y hasta semi-clandestino en la mitología griega, que da origen a la tragedia. Los llamados rituales dionisiacos, donde hay un coro y se sacrifica efectivamente a un animal caprino, un chivo, en griego: *trágos*. A ese *trágos* se le canta una oda de homenaje u homilía, de ahí deriva la palabra “tragedia”: el homenaje simbólico, cantado o discursivo, a ese animal sacrificado.

Se separa el coro, se separa un personaje, Sófocles introduce el segundo personaje, hasta que se arma esa estructura ficcional, distanciada del ritual, que es la representación en un escenario, de la historia de Edipo, de Medea, de Antífona...

Menciona “Las Bacantes”, que no debe ser nada casual, pero que no retoma, ni vuelve sobre el tema. Es una tragedia donde uno de los protagonistas -cosa rara en la tragedia- es el propio dios Dioniso, que llega disfrazado a Tebas -patria del nacimiento de Edipo- porque en esta ciudad los rituales de la religión dionisiaca, no fueron bien aceptados. Sufre unas penas tremendas!

El consejero de Tebas es Creonte, hermano de Yocasta. Ésta ya se suicidó, Edipo se arrancó los ojos y se fue al exilio... Creonte ya ha tenido sus problemas con Antígona. El rey de Tebas, Penteo es convencido por Dioniso, de espiar a todas las mujeres (frenéticas seguidoras de Dioniso), incluida la madre del rey -Ágave-, que han ido al monte Citerión a hacer los rituales dionisiacos: las bacantes. Eso le provoca mucha curiosidad.

Dioniso, que es un malvado, lo convence de que se disfrace de mujer y vaya al monte a espiar. Las mujeres lo reconocen, lo descuartizan y se lo comen; empezando por su propia madre que le arranca la cabeza.

Esto es una repetición de lo que la mitología nos cuenta, que le había sucedido al propio Dioniso. Hijo de Zeus y Sêmele, en un ataque de celos, los titanes lo descuartizan y se lo comen; después resucita. Es el único personaje mitológico, cerca de la religión cristiana, que lo hace. Establece sus rituales allí donde va.

¿Qué tenemos acá? El propio Freud bien enigmáticamente asocia -como quien no quiere la cosa- el nombre de Dioniso al de Cristo. No es el primero que lo hace. Ya lo había hecho Nietzsche en “El origen de la tragedia”, en un capítulo que se llama “Dioniso contra el crucifijo”. Freud no lo cita. ¡No me quiero meter en la cuestión por la señorita Salomé, ni qué internas había ahí...! (*Risas*)

Es tan aguda ésta asociación que hace Nietzsche, que dice “Dioniso contra el crucifijo”, no contra Cristo. Todo cae en el aspecto simbólico, que no tiene referente real. Así como no hay canibalismo, no hay cuerpo devorado de Cristo, pero sí está el símbolo. El crucifijo es un símbolo posterior al asesinato de ese padre.

Tenemos un mito y una tragedia, donde sí está la cuestión del canibalismo. Donde también figura, la cuestión del asesinato colectivo de un padre. Primero de Dioniso; después Penteo, con el evidente detalle que son las mujeres, quienes cometen el crimen en común.

No está claro por qué se empeña en quedarse con Edipo -por supuesto que desde el punto de vista de la teoría psicoanalítica, está clarísimo-. No voy hablar ni de un lapsus, ni me voy a permitir una interpretación silvestre. Pero por alguna razón lógica, parece sentir la necesidad, de hacer alusión a estas otras referencias; que en principio no se ve qué tendrían que ver con el mito de Edipo y la tragedia de Sófocles.

Alusión a algo, que uno podría pensar como un crimen, desde el punto de vista lógico mucho más terrible, que es el de la madre devorando a su hijo. ¿No hay en Edipo algo parecido? Porque siempre la historia de Edipo, se cuenta a partir del parricidio y del incesto. Pero hay que recordar que la historia -tanto en el mito como en Sófocles- empieza con un intento de filicidio.

Cuando el oráculo de Delfos, le dice a Layo que no tenga hijos, porque el hijo que tenga lo va a matar, Layo efectivamente decide no tener hijos, sin embargo Yocasta queda embarazada.

Ahí hay toda una cuestión filológica apasionante: Layo es un nombre griego que -en una de las posibles acepciones- quiere decir “zurdo”. Así como Edipo es “pie hinchado”, porque le habían atado los pies. Lo habían mandado matar, hay que entender con la complicidad de Yocasta, ¡no lo podía ignorar!

“Zurdo” es una metáfora de una sexualidad no dilecta, porque no quería dejarla embarazada a Yocasta... La historia venía de más atrás, porque Layo en un momento había tenido problemas políticos, se había tenido que exilar a la ciudad Argos, donde el rey Pélope le da asilo. Y Layo se enamora del hijo, quien rechaza sus avances y entonces lo secuestra y lo viola. Pélope le lanza la maldición a toda la estirpe de los Labdácidas, los hijos de Lábdaco, el padre originario, el iniciador de la genealogía.

Un autor sostiene que la maldición no fue por la homosexualidad o la pederastia, que generalmente eran cosas bastantes toleradas en la Grecia Antigua, sino por haber transgredido el sagrado deber de hospitalidad.

Parecería que hay una serie de elementos anteriores, a como habitualmente contamos la historia de Edipo. No me refiero a los argumentos, porque pueden ser los más variados. Por eso decía que es importante tener en cuenta, que lo que toma Freud es la estructura de Sófocles.

Hay que recordar que no podía tomar otra cosa. Porque uno a veces se olvida que los mitos son anónimos, colectivos, orales; en el 99% de los casos. No tenemos

manera de saber cómo era el mito. Lo que conocemos son distintas versiones, que nos dan los que empezaron a escribir. El caso de Edipo aparece en Homero -tanto en la *Iliada* como en la *Odisea*- , en Hesíodo, en Sófocles, en Eurípides está perdida una tragedia que se llama: “Los hijos de Edipo”. Sin embargo por los fragmentos múltiples que conocemos, se sabe que en la mayoría de las versiones de esto no cuentan nada. Se descubre el incesto y el parricidio, Yocasta se suicida y Edipo sigue tranquilo rey de Tebas, sin que le caiga ninguna maldición. Incluso -en varias versiones- los cuatro hijos: Antígona, Ismene, Polinices y Eteocles; no son hijos de Yocasta. Porque Edipo se casa de nuevo. Por lo cual se atempera el lío que se arma con las estructuras de parentesco.

En la versión de Sófocles y de otros trágicos, tiene esos cuatro hijos con su madre. Es padre y hermano. Yocasta es madre y abuela. Y todo así. Lévi-Strauss dice que desarma todo sistema de clasificación posible.

Y está el aspecto político, no solamente en el sentido genérico que decíamos hoy. De que en la casa de Edipo no circulan las mujeres, entonces no se puede hacer comunidad; sino que hay que recordar, que Edipo transgrede las dos grandes dimensiones normativas, las formas de ley posibles.

Siempre se cita el caso de Antígona, el conflicto entre la ley de la *polis* -que dice que se abandone el cuerpo de Polinices, porque ha traicionado a la ciudad, que se lo coman los buitres, los chacales- y la ley del *oikos*, de la genealogía familiar, a la que obedece Antígona -enterrarlo a Polinices-. El conflicto es irresoluble, porque las dos leyes no pueden coexistir. Es una o es la otra.

Edipo transgrede las dos al mismo tiempo. ¡Ha cometido parricidio e incesto! Ha hecho la peor transgresión posible contra la ley del *oikos*, del parentesco. Pero ha matado un rey, ha cometido un asesinato político, un atentado contra el Estado. Por supuesto él no sabía, pero no importa. Es otra cuestión que ha dado lugar a bibliotecas enteras, que es la culpabilidad. Hay culpabilidad, no hay culpabilidad.

Me interesaba señalar esta perplejidad, que produce de hecho esta perspectiva - insisto una vez más- en el texto de Freud. Que tiene también sus consecuencias, en el campo de las teorías antropológicas y del pensamiento sobre lo político. Porque sean cuales sean esas perspectivas, se pueden llamar contradicciones o inconsistencias; lo tremebundo, lo hondamente inquietante de ese texto, es la idea de que la cultura, la ley, la religión, el lazo social mismo, está fundado en un acto de violencia extrema.

La pregunta que se abre ahí es: ¿hasta qué punto ese acto originario de violencia, no queda inscripto en la ley, la religión, el lazo social, en la lógica de funcionamiento? ¿Hasta qué punto el retorno de lo reprimido de este origen, no es una amenaza o una posibilidad -depende de cómo se lo entienda- permanente?

De ahí, autores del siglo XX que no están vinculados -por lo menos directamente- al Psicoanálisis, lo han tomado muy en cuenta. Es interesante leer un ensayo breve, pero muy denso, muy problemático, muy discutido, de Walter Benjamín de la década del treinta, que se llama “Para una crítica de la violencia”.

Ahí tiene una idea netamente freudiana, aunque no lo cita, mucho menos a “Tótem y tabú”. Sostiene que el poder político constituido, el Estado, ¿qué es lo que teme, por ejemplo en la violencia revolucionaria? ¿Es a la violencia misma? No, porque la violencia se puede reprimir, negociar, muchas cosas. A lo que le temen es al carácter productor de juridicidad de esa violencia. Lo que no puede soportar, es que de lugar a una ley alternativa a la existente.

Pero si somos consecuentes con la idea de Freud, que es también la de Benjamín, la ley existe de esta manera: fundada en un acto de violencia. La República francesa surgió de la violencia de esa Revolución. Podrían citarse en la modernidad, todos los casos que existieron.

Lo que ese poder constituido necesita hacer es olvidar, desplazar de la vista esa violencia constituyente -como la llama otro autor-. Tiene que reprimir el recuerdo, la memoria de ese origen no querido, cuestionado.

No quiero abundar más. Simplemente a mí se me abren múltiples preguntas, en un texto tan rico como es el de Freud.

Preguntas y comentarios:

Miriam Fratini: Lo que hablaste hoy, como el texto de Conjetural², tiene múltiples aspectos interesantes... Voy a tratar de centrarme en una cuestión, que no es estrictamente relativa a lo que planteaste, pero que seguramente vas a estar en condiciones de decirnos qué pensás.

Hay muchísimas referencias -tal como decías- a la cuestión de la antropofagia, a la devoración del hijo por la madre, los hijos comiéndose al padre, etc., en múltiples

² Grüner E.: “Comen a un padre”, en Conjetural, Revista psicoanalítica, N° 58, abril de 2013. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

mitos. Hay una de la que me interesa preguntar tu opinión, acerca de un comentario de Lacan al respecto.

Estuvimos considerando este año algunos apuntes sobre la antropofagia, sobre todo como política pulsional de la incorporación³. Lo trabajamos junto con tu texto y otros de Freud, Lacan y varios autores. En particular la cuestión que preguntabas, que va de la teoría del trauma al fantasma. Se podría pensar, si no es que a Freud aún le falta, no sólo una conceptualización más acabada del fantasma, sino la teoría de la identificación. Porque son todas cuestiones relativas a una incorporación simbólica.

Eduardo Grüner: Sí, “Psicología de las masas” es posterior, del año 21.

Miriam Fratini: Claro, el capítulo VII... Pero más allá de eso, aparece otro mito -no citado por Freud, pero sí por Lacan- el de los hermanos Atreo y Tiestes; en el que Atreo, en venganza por el adulterio cometido por su esposa seducida por Tiestes, le sirve a éste un banquete donde sus hijos (los de Tiestes) eran la comida. Contienda por el poder y por el reinado de la ciudad de Micenas en juego.

En el momento en que Lacan está releendo “La carta robada”, el texto de Poe, mencionará que Dupin -como venganza- le deja al ministro un mensaje: “Un designio tan funesto sino es digno de Atreo, lo es de Tiestes”. Es otra historia de incorporación: donde un hermano le sirve la cabeza cocinada de los hijos al otro...

Acá viene mi pregunta. Lacan sostiene que esto que dicen Dupin, no es otra cosa que lo que el significante le dice a los hombres, que es: “Cómete tu *dasein*”. ¿Qué pensás de esa referencia?

Eduardo Grüner: Es una hermosa expresión antiheideggeriana! El *dasein* - hasta donde logro entender a Heidegger, que no es una pavada- no es “el hombre” como se traduce. Es el espacio solo potencialmente dado al animal simbólico, que es en el hombre del desocultamiento del “ser” (*sein*). Entonces si me como el *dasein*, se puede leer como que no hay manera de desocultar al “ser”. O que no hay tal “ser”, me parece que va más por ese lado, porque es puro significante.

No hay “ser”, en un sentido originario, ontológico, de pura consistencia. Estoy asociando libremente...

Miriam Fratini: ¡Una asociación muy bienvenida en todo caso! De hecho pensábamos algo parecido... Se podría tratar de la incorporación del significante, que es

³ Fratini M; Levy G. y Ramírez M.R : Curso de enseñanza “ La farmacopea del Alma”. Freudianas, 2013.

la que se “tragaría” el “ser” en ese sentido ontológico que mencionabas. No sé si está bien dicho, pero es una aproximación... Quizás lo que fuerza a Freud a producir esas perplejidades, esos sobresaltos -como los llamas- en “Tótem y Tabú” tiene que ver con la necesidad de encontrar un referente real, porque aún la cuestión simbólica de la incorporación, como fundamento de la identificación, no ha tenido lugar o despliegue en su doctrina. Más bien aún no ha tenido despliegue -diría-, porque es notable que Freud remarque que, en la definición de Frazer, la identificación constituya “la esencia del totemismo”. ¡Le da muchísima importancia a eso! A veces pienso que casi todo “Tótem y Tabú” está escrito como en “clave” anticipada a los futuros desarrollos sobre la noción de identificación...

Eduardo Grüner: Es una buena sugerencia volver a leer “Tótem y tabú” desde “La psicología de las masas”.

María Inés Bertúa: Respecto a esa perplejidad: si el asesinato del padre, la posterior comida totémica, producía alguna culpa, debiera ser en relación a una ley previa... Me pregunto, ya que si esa ley previa no es esta ley caprichosa del padre, que por su posición en el mito asume la potestad de la ley como única ley, sin nada simbólico por “encima”, me pregunto entonces, si la culpa no sería en relación al amor...

Eduardo Grüner: Tampoco lo sé. Pero me parece una buena manera de abordarlo. Porque por algo a mí se me ocurrió decir, que entre la ley despótica del padre y la ley en el sentido pleno del término, no había una exclusión absoluta. Como si una se transformara en otra y de la primera quedara un rastro. No sé, me dirán Uds. si es la parte sádica del sujeto.

Efectivamente uno podría decir que hay una especie de dialéctica- en el sentido de *Aufhebung* hegeliana- superación con conservación. Así como hay en la ley superación, pero conservación del acto de violencia originario; también se podría decir que, esta ley violenta o ese poder violento del jefe de la horda, puede ser que también se sume a la cuestión de la culpa retroactiva.

La cuestión del amor, ahí hay toda una discusión, que sólo traté muy lateralmente -en el artículo que mencionaba Miriam-, y es vincular el pasaje de la religión del padre a la del hijo. Tiene que ver con: ¿de qué padre estamos hablando?

Hay un teólogo que sostiene que es el pasaje del padre terrible a la religión del amor. De la estricta justicia al amor. De un padre que es sólo juez, que si es necesario castiga duramente, al que ofrece en sacrificio a su hijo. No es como los otros dioses que demandan un sacrificio, sino que él ofrece el sacrificio.

¡Es un debate teológico complejísimo, porque también está el Espíritu Santo!
(*Risas*)

Gabriel Levy: ¿Por qué insistís tanto en la presencia de la violencia en la ley misma?

Eduardo Grüner: Como posibilidad de interpretación. De una ley que no llega nunca a superar plenamente, esta marca de violencia que está en su origen.

La ley es muy sabia, me refiero a la ley jurídica. Puesto que al revés de lo que hacen los mandamientos, no prohíbe nada. Si toman el Código Penal, no dice que está prohibido matar, sino que el que mata va a tener una sanción correspondiente.

La ley cuenta con que no puede prohibir, depende de que ese acto se produzca. También en este sentido hay una inclusión necesaria de la violencia, como condición de la existencia del derecho.

Gabriel Levy: Hay otra paradoja muy evidente, que es: ¿por qué llamar “padre” a un tiempo donde todavía no estaba fundada la ley, que nos permitiría discernir “hijo” de “padre”? Hay críticas a Freud en este sentido de “forzar” el Edipo...

Eduardo Grüner: Allí hay una cuestión. En Lacan se da la diferencia entre padre real y padre simbólico. La condición de que haya padre es que se lo mate, la ley paterna en el sentido pleno del término. Por eso no puede haber un corte abrupto, como algunos acusan a Freud, entre el asesinato y todo lo que viene después.

No hay un corte abrupto. Sino no se entiende la necesidad del ritual. De una simbolización que conjure la posibilidad del retorno material de la violencia.

Gabriel Levy: Un crimen instauro al padre.

Eduardo Grüner: En tanto esté muerto y asesinado por nosotros.

Miriam Fratini: No creo tanto que no estés autorizado a responder algunas cuestiones “psicoanalíticas”! (*Risas*) ...Me pregunto: ¿cuál es la necesidad de entronizar al padre en todo esto? Por ejemplo, ubicabas bien ese punto donde aparecen las mujeres devoradoras: la madre devorando al hijo, Yocasta en relación al filicidio del hijo. Insisto entonces: ¿Cuál es la necesidad -si nos ayudarás a pensarlo- de que Freud fundamente

el mito, en el asesinato del padre? Si, por otra parte, tiene ya construida la dimensión devoradora de la madre; hasta la incluye como fantasía primordial, en lo relativo a que la madre incorpore “su producto”... ¿Es una vocación patriarcal de Freud?

Eduardo Grüner: Obviamente que Freud es un hombre de su tiempo. No sé si era particularmente patriarcal.

Miriam Fratini: Para Lacan el mito es de la neurosis de Freud, por una cierta aspiración al tema paterno. Es constatable que Freud cita el mito de Dionisio y no aparece ningún comentario respecto de las versiones de devoración del hijo, ni de la venganza de la diosa-madre contra el dios-padre Zeus... Lo toma más en la perspectiva del asombro que le produce el asesinato del héroe joven, la “divinidad juvenil” que lo desorienta -dice-.

Eduardo Grüner: Incluso en el propio mito de Edipo, podría hacer la referencia, porque hay un intento de asesinato del hijo, en el cual todo indica que Yocasta estaría complicada. Más aún cuando en un pasaje del desarrollo de la tragedia, Yocasta insiste en apartarlo a Edipo de la investigación. Eso de que todos los hijos sueñan con acostarse con la madre, como diciendo: “esas pavadas”.

Seguramente alguno se acordará de la famosa frase de Borges, dice que Edipo Rey no sólo es la primera novela policial de la historia, sino la más original porque ¡el asesino es el detective! (*Risas*)

Depende de toda otra línea de discusión: de qué trata la tragedia de Edipo. Hay más de un intérprete que dice que no es una tragedia del parricidio y del incesto y que por eso ocupa un lugar central. Es una tragedia de identidad. El problema de Edipo es que quiere saber quién es él, como si los hombres estuviéramos ante eso.

Edipo confía en la posibilidad de la investigación y saber quién es. Edipo filósofo -esa famosa hipótesis- es como el primer héroe cartesiano moderno, que confía en su racionalidad, en superar las profecías del oráculo y toda esa superstición. Incluso la propia Yocasta es bastante despreciativa con el oráculo. La función del oráculo es que cada uno entienda lo que menos le convenza.

En la propia historia tanto del mito como de Sófocles, podría haber tomado en cuenta la Esfinge. ¿Es una especie de madre monstruosa!

Gabriel Levy: Hay una crítica incluso que dice que Freud la toma en masculino, redobla el asesinato con la Esfinge. La toma como padre siendo que es femenina. Ahí

se asienta una de las críticas más actuales, a la manera forzada de cómo Freud introduce al padre... La cuestión viene a raíz de la crítica relativa a que el Psicoanálisis desconoce la historia, que la interpretación freudiana, es forzada, es conservadora. Es una sola interpretación pese a los cambios en la historia, del parentesco.

Eduardo Grüner: Desconocía esa lectura sobre la Esfinge. El mito Edipo pertenece a todo un ciclo, a un esquema donde siempre hay un héroe que tiene que matar a un monstruo; si logra triunfar en la empresa, recibe a cambio el poder político y la mano de una princesa. ¡En este caso resulta ser la madre: hay otras complicaciones argumentales! (*Risas*)

Siempre el monstruo es femenino: la Gorgona, las Erinias, la Hidra, la Parca. La diferencia específica en el mito de Edipo, es que es el único que no mata al monstruo con la violencia, sino con la palabra, con el *logos*, con la razón. Respondiendo al enigma.

Ahí viene el problema de la identidad, que supone la humanidad misma.

María del Rosario Ramírez: Hay muchos lugares donde Lacan retoma el mito de “Tótem y tabú”. Estaba recordando uno donde dice que “Tótem y tabú” como Edipo, es un fantasma de Freud. La elaboración es un fantasma freudiano, y al mismo tiempo la construcción de la función del padre.

Por otro lado respecto de la cuestión del patriarcado, me llamó la atención que en el “Discurso a los católicos”, Lacan sostiene que Freud no tenía mucho que ver respecto al patriarcado; incluso respecto de su propia paternidad fue un padre “más o menos”.

En todo caso el enfrentamiento al Edipo, lo tuvo que hacer por la relación a la horda de analistas. La posición respecto a la monogamia y haber mantenido una sola mujer durante toda su vida, lo ubicaba en una posición, en todo caso, femenina.

Eduardo Grüner: Siempre sobre el supuesto de que en “Tótem y tabú”, el razonamiento está calcado sobre la estructura del Edipo; si hay una cosa que siempre me llamó la atención, es el poco espacio que le dedica Freud a Sófocles, si uno lo compara con el que le dedica a Shakespeare, Dostoievski; a otras inspiraciones literarias.

No hay, estrictamente hablando, un análisis de la tragedia de Sófocles que haga Freud, como la que hace de Hamlet o los hermanos Karamazov. Con lo cual uno puede pensar que para él, no es un caso de Psicoanálisis aplicado. Es el instrumento desde el

cual él piensa, el lugar para desplegar el tema. En ese sentido, supongo, se lo puede clasificar de fantasma, de un modo genérico. Uno piensa desde su propio fantasma, sin duda.

En ese sentido es un pensamiento totalmente moderno. No creo que el inconsciente se hubiera podido descubrir, por más que retroactivamente uno diga que los adivinos interpretaban el vuelo de los pájaros y los sueños. Tuvo que pasar Shakespeare...

Silvia Fratini: Me gustaría, si pudieras explayarte acerca de una de las referencias de tu charla, sobre la diferencia entre el mito y la ficción.

Eduardo Grüner: Me refería a lo siguiente: primero, constatación obvia, de los mitos originarios que dieron lugar a este texto, no sabemos prácticamente nada. Eran primitivos, anónimos, orales. ¡Y no había antropólogos con grabadores o MP3!(*Risas*) Los que han fijado estos mitos han sido -por decirlo así- escritores profesionales: Homero, Hesíodo, Sófocles, Eurípides. Todas las versiones que vinieron después, se siguen escribiendo hoy.

Hay un deslizamiento del mito a la tragedia. La tragedia toma las situaciones, los personajes de los mitos. Los trágicos no son como los novelistas modernos, no inventan nada, lo toman de la mitología existente. Si un griego iba a ver una obra de Sófocles, no había suspenso. Lo que sí iba a ver, era qué había puesto de suyo Sófocles: en la estructura, en el armado, en el estilo.

Y sobre todo qué había hecho con todo eso, en el actual contexto de reflexión. Me permito insistir sobre esto. No solamente el texto, sino la representación de la tragedia en la Atenas del siglo V a.C., es un ritual político de la máxima importancia. Esas representaciones, que se hacían en ocasión de las fiestas dionisiacas, las bancaba el Estado. Tenían que ver con la “catarsis” que nombra Aristóteles.

Hay cosas muy interesantes, no se puede tomar linealmente. ...-no sin argumentos atendibles- dice que la tragedia es un género conservador y hasta reaccionario; porque reivindica, en una primera lectura, toda la cultura tradicional, en un momento donde esa cultura está sumamente convulsionada. Ha aparecido ese invento que se llama “la democracia”; coincide la aparición de la democracia con el género trágico.

Hay que llamar la atención sobre otra cuestión. La frecuencia -son temas que rozamos al pasar- con que en la tragedia, tienen un lugar absolutamente protagónico las mujeres; que en la *polis*, inclusive en la democrática, no existen.

La tragedia conserva ciertas cosas de esta exclusión, porque las mujeres, salvo algún caso muy raro, no mueren sobre el escenario, porque pertenece al ámbito de lo privado. Normalmente se suicidan fuera de la vista; en el dormitorio como Yocasta, Antígona en la cueva.

Sin embargo tienen a: Antígona, Medea, Electra. Les recomiendo enfáticamente un libro de una mujer extraordinaria, se llama Nicole Loreaux. Tiene un librito -cuyo título no es un recetario, no se asusten-: “Maneras trágicas de matar a una mujer” (*Risas*). Donde explica, para el contexto político, social y cultural, el lugar raro que tiene la mujer en la tragedia.

Además una tragedia siempre le plantea, a cualquier situación política, un conflicto irresoluble: lo propiamente trágico es eso. Desde el punto de vista argumental, uno podría decir, que todas las tragedias terminan bien. En el sentido que se salva la *polis*. Porque en lo que pasa en la tragedia, como la peste en “Edipo rey”, aparece algo que amenaza a la *polis*.

Y como los griegos del siglo V a.C., no piensan en términos de los individuos, sino de la ciudad o de la *polis* como tal, el final es feliz y tiene que ir al desastre los individuos que por una u otra razón la amenazan.

Bueno, si no hay más preguntas... Un viejo profesor mío decía: si no hay preguntas, quiere decir que no se entendió nada. (*Risas*) Preguntas son las que hacen pensar.

Gabriel Levy: Justamente por eso nosotros imprimimos en un cartel (*señala al costado del pizarrón*) eso que dice Lacan: “...que algunas de las personas que escalonan el auditorio, tenga la amabilidad de hacerme alguna pregunta”.

Eduardo Grüner: En varias ocasiones profesores europeos -acá no se usa tanto- cuando le hacen preguntas empiezan por agradecer...

Miriam Fratini: En este caso, ¡somos nosotros los agradecidos!

NOTA: *Ciclo de Invitaciones "Otras Voces".*

Dirección: *Miriam Fratini, Gabriel Levy y María del Rosario Ramírez.*

Agradecemos la desgrabación a Cristina Denicola

Desgrabación no corregida por el autor.

Corrección y revisión: *Raquel De Maestri y Silvia Fratini*

Cuidado de la presente edición: *Raquel De Maestri*

Asesoramiento: *Miriam Fratini y María del Rosario Ramírez.*

Coordinación general: *Miriam Fratini.*